MARCOS CHICOT

LA HERMANDAD

DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2014

© 2014 por Marcos Chicot
© de esta edición, 2014 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2014

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

DL B 17191-2014
ISBN: 9788415945505
Código IBIC: FA

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

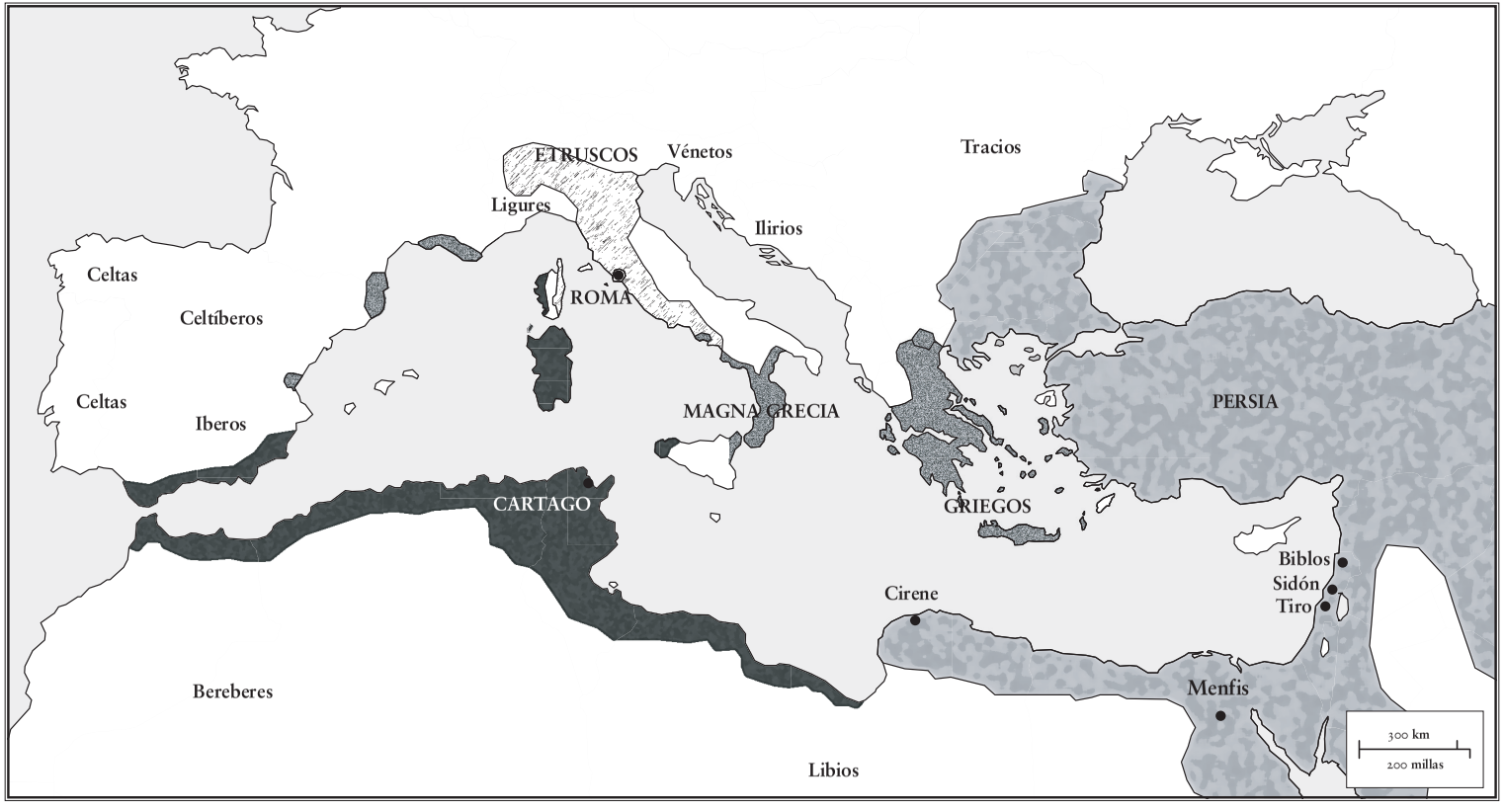
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, *la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

A mis profesores
del colegio Santa María del Pilar,
y a todos los educadores de este mundo:
por vuestra valiosísima labor,
a menudo insuficientemente reconocida,

Gracias

MEDITERRÁNEO, 507 a.C.



Vi un ángel que descendía del cielo, trayendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Tomó al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás, y lo encadenó por mil años.

Apocalipsis 20, 1-2

Cuando se hubieren acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión.

Apocalipsis 20, 7

PRÓLOGO

«Estoy… ¡Vivo!»

Permaneció sin respirar, paralizado en un pasmo de recién nacido. La repentina percepción del mundo anegaba su mente.

«Vivo…»

De pronto su cuerpo inspiró una bocanada agónica, como un náufrago arrebatado a las negras aguas de la muerte. Una intensa oleada de placer y dolor estremeció cada uno de sus músculos.

Abrió los ojos, acercó las manos al rostro y las examinó a través de la penumbra cálida.

«Maravilloso…»

Hizo girar sus manos lentamente, observando fascinado cómo se cerraban y volvían a abrir; después bajó la mirada para contemplar el resto de su envoltura corporal.

Estaba sentado, y se levantó con dificultad. Su mente aún seguía desplegándose, asumiendo su retorno al tiempo y al espacio. Lo inundó gradualmente la energía de un rencor eterno y paladeó su sabor amargo. El deseo de venganza rugía dentro de él como un incendio inmenso… pero no tenía ninguna necesidad de apresurarse.

Era inmortal.

Los hombres lo conocían por diversos nombres, pero carecía de importancia cómo lo llamaran. Su corazón oscuro albergaba un único anhelo vital: que las naciones que habitaban los cuatro ángulos de la tierra cayeran a sus pies y lo reconocieran como su dios.

«Su único dios. –El odio retrajo sus labios dejando al descubierto los dientes–. Y mi reinado perdurará por los siglos de los siglos.»

Inspiró hondo, cerró los ojos y sondeó mentalmente su entorno: muros de piedra, una mesa, una silla. Estaba solo en aquella estancia.

Espiró con lentitud y llenó de nuevo los pulmones. Retuvo el aire en el pecho y concentró las capacidades que le permitía aquella forma corpórea. Pasados unos segundos, liberó de golpe la potencia de su mente, proyectándola como un relámpago que iluminara de modo simultáneo el resto de las habitaciones.

En torno a él la temperatura descendió con brusquedad.

Asintió levemente, gruñendo de satisfacción, y caminó hacia la salida sin mostrar ningún vestigio de la torpeza inicial. En su interior, el odio antiguo se mezclaba con un odio nuevo impregnando de gozo malévolo cada fibra de su ser.

Al otro lado del umbral había un hombre haciendo guardia de espaldas a él.

«Un simple mortal», pensó con una mezcla de indiferencia y desprecio.

Esbozó una sonrisa fría y se acercó al guardia por detrás.

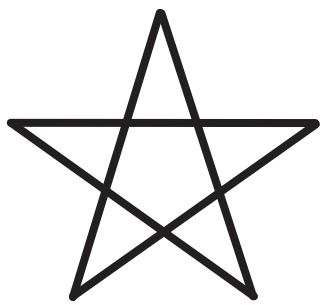
CAPÍTULO 1

Cartago, 507 a. C.

Ariadna de Crotona, hija de Pitágoras y esposa de Akenón, alargó la mano para coger el pergamino.

Cuando estaba a punto de tocarlo, sus dedos se retrajeron como si hubieran rozado un hierro al rojo. Se quedó paralizada sobre el banco de piedra, conteniendo la respiración en el patio interior de su mansión. El mensajero no había dicho quién lo enviaba, y estaba plegado de modo que no se podía acceder a su contenido sin romper el sello de cera; sin embargo, en la cara externa del pergamino resaltaba un poderoso símbolo.

«El pentáculo.»



Tomó el mensaje con la vista clavada en la estrella de cinco puntas, el símbolo sagrado cuyos significados esotéricos estaban reservados a los elegidos. El cielo nublado ardía por encima de ella con el fuego escarlata del ocaso, otorgando al mundo una tonalidad sanguinolenta. Ariadna recorrió la figura con la punta de dos dedos en un estado cercano al trance. El presagio oscuro que había estado creciendo dentro de ella se revolvió como una bestia que intentara romper los límites de su encierro. Con manos temblorosas, dio la vuelta al pergamino, quebró el sello y comenzó a leer.

Cada una de las palabras le golpeó el corazón, sus ojos corrieron por las líneas ansiando, temiendo llegar al final… Al concluir aquel mensaje, su respiración apenas era un tenue hilo de vida.

El mundo comenzó a desaparecer como si una oscuridad surgiera del pergamino para devorarla.

Tan sólo unas horas antes, Ariadna se estaba arreglando en su alcoba para ir a dar un paseo con Akenón y el pequeño Sinuhé –su hijo de dos años y medio– por el barrio aristocrático de Cartago. Se había sentado en una banqueta cubierta de lana y frente a ella tenía un valioso arcón de madera de cedro. Dejó su peine de marfil encima del arcón y se ajustó la diadema que recogía su ondulada melena de color miel. Tomó un espejo de mano y contempló su imagen en la superficie de bronce pulido. Aunque no solía prestar mucha atención a su aspecto exterior, sonrió satisfecha.

Nada hacía sospechar que, cuando el sol se pusiera, un horror inconcebible devastaría sus vidas.

Estiró el brazo para alejar el espejo y lo inclinó de modo que se reflejara la mayor parte de su cuerpo.

«Se me nota más que con Sinuhé», pensó acariciando la apreciable curva de su embarazo de casi cinco meses.

A su espalda se oyó una voz profunda:

–Estás irresistible.

Ariadna se volvió sobresaltada. Akenón estaba apoyado en el marco de piedra de la puerta, contemplándola con una sonrisa pícara. Se acercó hasta colocarse detrás de ella, apartó con delicadeza su cabello y le dio una mezcla de beso y mordisco suave en la nuca. Ariadna se estremeció. Akenón la envolvió con sus fuertes brazos y le acarició la tripa por encima de la túnica.

–Me encantan tus curvas de embarazada –susurró.

Las manos de Akenón comenzaron a subir más allá del vientre de Ariadna y ella se apartó riendo.

–Nos está esperando Kush con Sinuhé. –Blandió el espejo de bronce hacia él–. Tendrás que esperar unas horas.

Kush era el sirviente que se ocupaba del pequeño Sinuhé. El ejército de Egipto lo había hecho esclavo hacía dos décadas, durante una de las muchas escaramuzas que se producían con los pueblos del sur,

a los que los egipcios denominaban Kush. Habían puesto ese mismo nombre al esclavo para burlarse de su pueblo, como si dijeran que todos ellos eran esclavos de Egipto. Poco después de venderlo, no obstante, Egipto había caído bajo el yugo del imperio persa mientras que el reino de Kush continuaba siendo libre. Quizás por eso el esclavo aceptaba ese nombre con orgullo y nunca había mencionado que tuviera otro.

–Está bien –Akenón levantó las manos y fingió una mueca de sufrida resignación–. Voy a ver si…

–¡Mamá!

Sinuhé cruzó la habitación corriendo atolondradamente hasta chocar contra la pierna de Ariadna, a la que se abrazó. Después levantó la cabeza y estiró los brazos hacia ella, mostrando en sus ojos verdes una mirada suplicante.

–Ven aquí… –Ariadna lo levantó con esfuerzo–. ¡Uy, cómo pesa este hombrecito! Dentro de poco vas a tener que cogerme tú a mí. –Le hizo cosquillas y Sinuhé rió escondiendo la cara en el cuello de su madre.

Akenón contempló la escena en silencio. De pronto fue consciente de la sonrisa embobada que mantenía al mirarlos y disimuló a la vez que se sorprendía de cómo había cambiado su vida en poco tiempo. Hasta los cuarenta y cinco años su existencia había sido bastante solitaria, nunca había mantenido una relación de más de unos pocos meses. Había pasado toda la vida investigando, primero como policía en Egipto y luego trabajando por su cuenta en Cartago, cobrando lo suficiente para vivir sin estrecheces pero sin poder ahorrar para estar más de un par de meses sin trabajar.

«Todo cambió hace tres años», se dijo pensativo.

Después de una investigación que había realizado en la Magna Grecia para el filósofo Pitágoras, había regresado a Cartago acompañado de la hija mayor del filósofo, Ariadna. A los pocos meses se había casado con ella y había tenido un hijo. Además, el barco que los había traído a Cartago transportaba el oro que obtuvo en aquella investigación: más del que podrían gastar en varias vidas.

«Aunque estuve a punto de no regresar.» Sin darse cuenta, Akenón siguió con un dedo la línea irregular de su nariz. Durante aquella investigación en la Magna Grecia lo habían encerrado y golpea-

do hasta el borde de la muerte. Afortunadamente, las secuelas en su cuerpo se reducían a la nariz algo desviada y algunas cicatrices no demasiado visibles en la cara y el cuello.

Ariadna dejó a Sinuhé en la alfombra que cubría el suelo de cemento.

–Deja que te vea bien. –Se alejó un paso de su hijo–. Da una vuelta.

Sinuhé soltó una risita avergonzada mientras giraba sobre sí mismo. Llevaba una túnica nueva parecida a la de Akenón, blanca y de lino plisado al estilo de los nobles cartagineses, aunque la suya sólo llegaba por encima de las rodillas.

«No se puede negar que son padre e hijo», pensó Ariadna. Con esa túnica Sinuhé era una copia en miniatura de Akenón. El mismo tono tostado de piel, el pelo rizado y negro e incluso muchos de sus gestos eran un eco infantil de los de Akenón. La única diferencia notable estaba en sus ojos, del mismo verde intenso que los de Ariadna.

–¡Pero si estás descalzo! –exclamó ella de pronto.

–Como *Kuch* –respondió Sinuhé con su vocecilla al tiempo que asentía con mucha determinación.

–Pero Kush tiene los pies muy duros. –Ariadna se inclinó hacia Sinuhé con los brazos en jarras–. Tú ya sabes que para salir de casa tienes que ponerte sandalias.

Sinuhé arrugó el entrecejo en una graciosa mueca de concentración. No quería calzarse, pero tampoco arriesgarse a quedarse sin ir con sus padres a la calle.

Se decidió con rapidez.

–*Kuch* –gritó mientras salía corriendo–, tengo que ponerme las sandalias.

Unos minutos más tarde, se alejaban a pie de su propiedad.

Ariadna, caminando junto a Akenón, volvió la cabeza sin detenerse. El pequeño Sinuhé iba unos metros por detrás mirando al suelo, buscando algo interesante que coger, y a su lado estaba Kush. El kushita medía casi dos metros, tenía unos cuarenta años y su piel era negra como el carbón, lo que contrastaba con sus grandes ojos azules. Iba descalzo y vestía un taparrabos, como era común entre los esclavos y la clase baja de Cartago. Observaba a Sinuhé con su habitual expresión relajada de labios entreabiertos, en la que podía

apreciarse que no era muy inteligente, aunque sí bondadoso y de sonrisa ligera. Entendía lo que se le decía en la lengua de Cartago pero casi no hablaba; no obstante, su anterior dueño se lo había recomendado para cuidar de niños pequeños. Les dijo que creía que Kush había sido separado de un hijo de pocos meses al ser hecho esclavo hacía al menos veinte años. «Quizás por eso siempre ha cuidado de mis niños como si fueran suyos –había añadido–; sin embargo, mis hijos ya se han ido de casa, y desde entonces Kush está mustio como una planta sin agua.»

Ariadna miró de nuevo al frente, pero inmediatamente volvió a darse la vuelta. Un extraño desasosiego acababa de estrechar su garganta y se detuvo con la respiración jadeante. Su pequeño seguía andando junto a Kush. Ella miró más allá, a la casa de dos plantas en la que vivían desde hacía un par de años. Los cimientos y las pilastras eran de piedra caliza procedente de las canteras de Cartago. Las paredes de ladrillo estaban enjalbegadas con cal y una bonita balaustrada remataba el edificio. El conjunto daba una apariencia de solidez que normalmente agradaba a Ariadna; sin embargo, ahora se notaba inquieta mientras contemplaba la casa y los alrededores.

–¿Qué sucede? –musitó.

Hacía tiempo que no experimentaba algo así. Era la hija de Pitágoras y había alcanzado el grado de maestro en la orden pitagórica. Sus aptitudes naturales, unidas a las avanzadas enseñanzas matemáticas y espirituales que había recibido de su padre, habían desarrollado en ella una percepción muy aguda que le permitía penetrar más allá del semblante de las personas comunes y conocer su verdadera naturaleza, o saber si mentían. También había heredado de Pitágoras cierta capacidad para presentir algunos acontecimientos. En el anterior embarazo había comprobado que esa capacidad se agudizaba, y en éste se notaba aún más intuitiva, como si la realidad y el presente fueran la hoja de un libro y se le permitiera levantar ligeramente la esquina para atisbar el contenido de la siguiente página.

Tras un instante de duda reanudó la marcha.

–¿Ocurre algo? –preguntó Akenón.

«Me temo que sí», pensó Ariadna, pero negó en silencio y continuó avanzando con el ceño fruncido.

CAPÍTULO 2

Madrid, España, actualidad.

La espada de Akenón reposaba sobre un manto de terciopelo púrpura. A pesar del cuidado con el que se había conservado aquella reliquia a lo largo de los siglos, la corrosión había vuelto rugosa la superficie de su hoja de bronce.

El asesino contemplaba el arma ennegrecida sin que su rostro denotara ninguna emoción. Sus rasgos quedaban difuminados por la penumbra, iluminados tan sólo por el resplandor que emanaba de la urna que protegía la espada. Ocultas en las uniones de los paneles de policarbonato, diminutas luces LED hacían que el arma pareciera flotar sobre el terciopelo.

«¿A cuántas personas mataría Akenón con esta espada?»

Le pareció curioso no haberse hecho antes esa pregunta, pero no se dedicó a elucubrar una respuesta. Sus ojos continuaron recorriendo el borde irregular del arma. Dentro de la urna se había hecho el vacío para detener el deterioro del preciado objeto.

«Tu espada ha quedado al margen del tiempo, Akenón, igual que tu recuerdo.»

Inspiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud sin apartar la mirada.

«Akenón, ya no puedes proteger a nadie.»

Sus labios dibujaron una sonrisa muy leve. Dio media vuelta y se alejó con paso firme del resplandor de la urna.

«Ha llegado la hora de volver a matar.»

Enfrente de Elena, el estudiante se puso de pie tan bruscamente que volcó la silla con estrépito. Elena dio un respingo y se encogió sobre su asiento. Sólo los separaba la estrecha mesa de su des-

pacho, un obstáculo que aquel animal podía saltar en cualquier momento.

–No puede ponerme un cuatro, ¡joder! –Su alumno apretó las manos con fuerza. Las venas de sus brazos se destacaron de tal modo que Elena pensó fugazmente en las portadas de las revistas de culturistas.

–Pedro, tranquilízate. –Elena levantó las manos con las palmas hacia delante y se echó hacia atrás.

El estudiante se inclinó hacia ella con la nariz dilatada como los ollares de un toro.

–No puede ponerme un… ¡cuatro! –golpeó con los puños en la mesa y Elena volvió a dar un respingo.

–Pedro –insistió manteniendo las manos levantadas–, sólo has respondido a tres de las cuatro preguntas y tú mismo has reconocido que ni siquiera te sabías bien las que has respondido.

–Joder, porque los exámenes están demasiado juntos. –Pedro apartó las manos de la mesa y las pasó por su alborotado pelo castaño. Los bíceps se le marcaron como globos. Luego se frotó la cara y volvió a dirigirle una mirada agresiva.

Elena bajó la vista y se quedó mirando el examen. Sobre el papel con membrete de la universidad destacaba en color rojo un número cuatro rodeado de un círculo. Apretó las mandíbulas. Ella tenía veintiséis años, tan sólo tres más que su estudiante. «No se comportaría así si su profesor fuera un hombre de cincuenta años.»

Levantó la cabeza y sostuvo la mirada de Pedro notando una irritación creciente. Durante todo el curso se había esforzado por ser una buena profesora: había preparado presentaciones por ordenador, dedicado a tutorías más horas de las que le correspondía, se quedaba a hablar con los estudiantes después de las clases…

–Pedro –dijo enfriando el tono de voz–, lo primero: cálmate y no digas tacos. –Hizo una pausa. Él frunció el ceño y finalmente apartó la vista–. Lo segundo, no vas a aprobar Psicopatología si no comprendes los procesos cognitivos de un trastorno de pánico ni de un trastorno obsesivo-compulsivo. –Aquellas eran dos de las tres preguntas a las que había contestado Pedro–. Te has limitado a describir los trastornos por encima.

El estudiante chasqueó la lengua y negó con la cabeza. Irguió el cuerpo y cruzó los brazos mirándola en silencio. Era evidente que

para resaltar su musculatura se compraba las camisetas una talla más pequeña que la suya.

Al contemplar su pose de portero de discoteca, Elena recordó los rumores de que Pedro había enviado a otros dos estudiantes al hospital de una paliza. Había ocurrido fuera del campus, por lo que las autoridades académicas no lo habían investigado. También se decía que consumía cocaína, otro rumor que no se había probado. Sin embargo, ahora Elena no tenía dudas de que ambos rumores eran ciertos.

Continuó hablando mostrando más serenidad de la que sentía.

–Te recuerdo que un psicólogo clínico trata con la salud mental de sus pacientes. Cuando tú vas al médico, quieres que sepa diagnosticar y tratar adecuadamente tu problema. Ésa es la misma exigencia legítima de todo el que acude…

Pedro descruzó los brazos con un movimiento rápido. La miraba con incredulidad y resopló con fuerza antes de hablar.

–¿Me estás diciendo que no me vas a aprobar?

Elena apretó los labios. La silla volcada detrás de Pedro le hacía sentir que la situación estaba fuera de control. Era como tratar de calmar a un rottweiler que gruñera enseñando los colmillos.

Se inclinó hacia delante.

–No, no *te voy a aprobar*. Tienes que ser tú el que apruebe. Siento que tengas que estudiar durante el verano, pero estoy convencida de que a poco que te esfuerces aprobarás el siguiente examen.

–¡Déjate de chorradas! –Pedro golpeó de nuevo la mesa con los puños.

–Bueno, ya basta, la revisión ha terminado.

Elena descolgó el auricular del teléfono y presionó cuatro teclas. Se apoyó en el respaldo vigilando con el rabillo del ojo a Pedro, que contemplaba el teléfono con expresión indecisa.

El tono de llamada se repitió en vano junto al oído de Elena. De pronto, un antiguo miedo atenazó su corazón como los tentáculos de una pesadilla que se infiltra en el mundo real. Sacudió ligeramente la cabeza, no podía dejar que aquel recuerdo se adueñara ahora de su mente.

El tono de llamada sonó por quinta vez. Su estudiante seguía mirando el teléfono con el cuerpo en tensión. Elena sabía que por

desgracia estaban solos en la planta, era el último día de revisiones y los demás profesores debían de haberse ido hacía rato. Siguió esperando. Ella medía uno setenta y cuatro y estaba en forma, e incluso recordaba algo del kárate que había practicado hasta los diecisiete años, pero Pedro le sacaba quince centímetros y más de treinta kilos.

Su alumno adelantó una mano hacia el teléfono.

–Esteban, soy Elena. –Pedro se detuvo. Esteban Herrero era el profesor que más imponía a los alumnos, además del único cuyo tamaño se podía comparar al de Pedro–. ¿Puedes venir a mi despacho?… Sí… –Elena esperaba que aquello sonara convincente. El auricular seguía transmitiendo los tonos infructuosos de llamada–. Vale… Ahora te veo.

Pedro dio media vuelta, pasó junto a la silla caída y salió del despacho. Cerró con un portazo tan violento que se descolgó un cuadro de la pared, una lámina a tamaño natural de *El grito* de Munch. El cuadro golpeó con una esquina en el suelo de linóleo y cayó boca abajo.

Elena se quedó inmóvil con el auricular a unos centímetros de la oreja. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que estaba conteniendo el aire. Apoyó las manos en la mesa, cerró los ojos e hizo un par de respiraciones lentas y profundas. La tensión de su estómago se disolvió con rapidez.

«Menudo energúmeno. –Abrió los ojos y contempló la silla y el cuadro tirados en el suelo–. En fin, supongo que son gajes del oficio.»

Se reclinó en el asiento, miró hacia los fluorescentes del techo y un momento después en sus labios apareció una ligera sonrisa.

«Bufff. Se acabó.» Sólo le quedaba entregar las actas definitivas antes de comenzar sus vacaciones.

Hizo un par de anotaciones en los papeles que tenía sobre la mesa y empezó a recogerlos sin dejar de sonreír. Se merecía disfrutar de aquella sensación. Era una de las profesoras más jóvenes de toda la Universidad Complutense de Madrid. Había conseguido dar clase con veintiséis años gracias a varias circunstancias: se había licenciado en Psicología en cuatro años en vez de en cinco; había completado el doctorado y la tesis en apenas tres años; y, por último, había impresionado con su trabajo a las personas responsables de decidir

quién cubría la plaza que había quedado vacante en el departamento de Psicología Clínica. Después de un año ayudando a Carmen Aroza, la directora del departamento, la fortuna se había puesto de su lado ese curso académico, cuando la propia Carmen Aroza había solicitado la baja por maternidad para tener su primer hijo a los cuarenta y cuatro años.

–Ve acostumbrándote –le había dicho Carmen a Elena en privado, tras informarle de que se iba a coger la baja en el quinto mes de embarazo–, porque lo más probable es que me pida una excedencia parcial después de la baja.

A Elena le había producido cierta inseguridad ser la profesora más joven, pero pronto descubrió que disfrutaba mucho dando clase y que los alumnos la apreciaban. Echando la vista atrás, y a pesar de haber tenido entre sus alumnos al anormal de Pedro Vergara, estaba muy satisfecha de su primer año como docente.

«La doctora Elena Pastor –pensó en un tono resonante, como si la estuvieran anunciando para que subiera al estrado en un gran evento–, profesora de Psicopatología en la facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid.»

Se imaginó a su padre entre el público, en primera fila, y torció el gesto al experimentar la conocida sensación de pérdida. Había muerto hacía tres años, víctima de un cáncer de pulmón que se lo llevó en apenas seis meses. Al principio Elena se enfadaba cada vez que pensaba en él, porque ella y su madre se habían pasado la vida pidiéndole que dejara de fumar. Pero ya lo había perdonado. Ahora sólo lo echaba de menos.

Cogió la botella de agua que tenía sobre la mesa, la terminó de un largo trago y la tiró a la papelera. Luego abrió el primer cajón y sacó su bolso –una pequeña mochila de tela negra que se ponía en bandolera–. Cuando cerró la cajonera metálica se le puso el vello de punta al pensar que no iba a volver a abrirla en unas cuantas semanas.

«Vacaciones… –Paladeó el sabor de una palabra a la que no estaba acostumbrada–. Y esta noche veré a Daniel.» Notó un cosquilleo en el estómago al pensar en él, aunque era consciente de que apenas lo conocía.

Regresó al presente y metió los papeles en una carpeta de cartulina verde. Después levantó la silla volcada y comprobó que no

se había roto el cristal de la lámina de *El grito*. Le maravillaba ese cuadro, la sencillez y a la vez la efectividad con la que transmitía la sensación de angustia. Sabía que Edvard Munch se había reflejado a sí mismo, en un momento de angustia existencial que le había acometido mientras paseaba por un puente con unos amigos y se había quedado rezagado contemplando el cielo enrojecido por la puesta de sol. Si había alguna imagen que podía utilizarse como icono de la asignatura que ella impartía –Psicopatología– era ese fascinante cuadro.

Lo sostuvo entre las manos, recreándose en las sensaciones que la recorrían cada vez que lo contemplaba de cerca. Después colocó la lámina en su sitio, cogió el bolso y la carpeta de la mesa y se dirigió a la puerta.

Cuando estaba a punto de abrir, se quedó paralizada con la mano a un centímetro del picaporte. Su despacho era luminoso, pero sabía que al otro lado de la puerta había un largo pasillo mal iluminado que tenía que recorrer para llegar al ascensor o las escaleras.

También sabía que el edificio estaba prácticamente vacío.

Apartó la mano del picaporte, se inclinó procurando no hacer ruido y pegó la oreja a la puerta.

Daniel Martín levantó las manos sin apartar la vista de la navaja que apuntaba hacia su estómago.

–Tranquilo, hombre.

–Si yo estoy muy tranquilo. –Al atracador le temblaba la mano de la navaja. Una línea de abultados pinchazos subía por su antebrazo como una hilera de hormigas rojas–. Eres tú el que no parece tranquilo, chulito de mierda.

El atracador amagó con pincharle y Daniel saltó hacia atrás. Su adversario se volvió riendo hacia sus dos compañeros.

–¿Habéis visto cómo salta el maricón?

Veinte minutos antes, Daniel había salido de su casa para sacar dinero del cajero automático. Descubrió que el que había junto a su portal estaba estropeado, y para llegar a otro en el que no le cobraran comisiones tenía que cruzar un pequeño parque.

Llevaba unas zapatillas de deporte marrones, bermudas color caqui y una camiseta azul claro con el nombre de una cerveza sueca

–nunca había estado en Suecia, la había comprado por cinco euros en un mercadillo–. Caminaba apresuradamente, notando en la piel y en los ojos el aire seco a cuarenta grados de temperatura; iba un poco justo de tiempo para comprarse los pantalones que necesitaba para esa noche. Era la segunda vez que iba a verse con Elena y no quería llevar sus vaqueros viejos de siempre.

«No debo olvidar que no es una cita.»

Decidió no pensar más en Elena. Ya se aclararía la situación esa noche.

Mientras atravesaba el parque vio a un vagabundo de pelo blanco arrastrando un carrito de la compra reparado con cinta de embalar. Llevaba dos años viendo a ese hombre por el barrio, arrastrando el carrito en el que guardaba sus pertenencias y rebuscando en los cubos de basura.

Siguió su camino y al llegar al cajero metió la tarjeta, marcó su clave y consultó el saldo.

«Cuatrocientos setenta y nueve euros.»

Apoyó la frente en la pared y cerró los ojos. No tenía ninguna fuente de ingresos y ese día tenía que pagar cuatrocientos euros del alquiler de la habitación donde vivía. Además, tenía que comprar comida, unos pantalones…

Volvió a contemplar el importe de su cuenta. Pensó en demorar el pago del alquiler, pero le habían dejado muy claro que tenía que abonarlo el día uno de cada mes.

«Y ya estamos a día uno.»

Presionó el botón de sacar dinero y dudó por última vez antes de teclear el importe. Un momento después, por la ranura del cajero aparecieron tres billetes de veinte euros.

«No puedo quedarme a cero. –Metió los tres billetes en su cartera–. Pero tampoco puedo quedarme en la calle.»

Por un momento le asaltó la idea de regresar a casa de sus padres.

–No voy a volver –susurró. Negó despacio con la cabeza, valorando por segunda vez esa opción. Sus padres lo recibirían encantados, e incluso sería lo más seguro para el proyecto en el que trabajaba.

«No, no puedo», se dijo negando esta vez con más firmeza.

Se dio la vuelta contemplando el parque y suspiró. Estaba desa-

rrollando por su cuenta un proyecto que podía alcanzar un valor de miles de millones de euros. «Un proyecto que puede cambiar el mundo.» Y a pesar de eso era más pobre que una rata.

«Qué estupidez, que unos cientos de euros amenacen mi trabajo cuando lo tengo tan avanzado.»

Se internó de nuevo en el parque y avanzó por un sendero de baldosas rojizas. Oyó algo a su izquierda y echó un vistazo distraído. Dio dos pasos más y se paró en seco. Inmediatamente se volvió hacia el camino que se abría a su izquierda notando que su corazón latía con fuerza. Allí se encontraba el anciano vagabundo que había visto hacía un rato. Lo estaban atracando.

«No seas idiota, sigue tu camino.»

Desoyó aquel impulso y continuó allí clavado. El anciano se agarraba desesperado al carrito de la compra que solía arrastrar encorvado. Dos de los asaltantes lanzaban por los aires el contenido del carrito mientras un tercero sujetaba al vagabundo por los brazos.

–Que sueltes, viejo de los cojones.

El agresor consiguió desprender al anciano de su carrito y lo empujó con fuerza haciéndolo caer.

–¡Eh! –gritó Daniel.

Echó a correr hacia ellos. Le daban la espalda y no lo habían oído. El que había tirado al vagabundo apartó a uno de sus colegas, cogió el carro y lo volcó.

–Tiene que tener algo de pasta –masculló mientras sacudía el carro. Se agachó y comenzó a revolver el contenido desparramado por el suelo.

Daniel tenía veintidós años y los agresores debían de rondar su edad, aunque los rostros demacrados y la piel curtida y sucia les daban un aspecto avejentado. El que llevaba la voz cantante era alto y fibroso. Los otros dos, menos corpulentos, parecía que tenían el síndrome de abstinencia por la desesperación con que rebuscaban entre los objetos del anciano.

El vagabundo había conseguido sentarse en el suelo. Tenía tierra en un lado de la cara y un arañazo ensangrentado en el pómulo. Extendió un brazo hacia sus pertenencias, sollozó algo incomprensible e intentó ponerse de pie. Daniel siempre había pensado que parecía un viejo profesor de universidad de algún país del este de Europa,

con aquella barba blanca, el pelo peinado hacia atrás y unas gafas negras de pasta gruesa más propias de los años setenta.

Se agachó junto al anciano y lo ayudó a levantarse. Después se volvió hacia los asaltantes. Acababan de localizar una bolsa de plástico con algunas monedas y todavía no se habían percatado de su presencia.

–Soltad eso –dijo con toda la firmeza que consiguió reunir.

Se volvieron hacia él alarmados. El cabecilla miró rápidamente a los lados, vio que no había nadie más y se levantó sin apresurarse. Sus compañeros lo imitaron.

Daniel dio un paso hacia atrás y chocó con el anciano.

–Largaos y dejad en paz a este hombre.

En el rostro del más alto apareció una mueca burlona. Daniel apretó los dientes y se irguió con la esperanza de que su metro noventa y dos los intimidara. El cabecilla se metió la mano en el bolsillo. «Va a sacar un arma», se dijo Daniel. Pensó que tenía que darle un puñetazo, pero nunca había golpeado a nadie y se quedó inmóvil.

El atracador hizo aparecer una navaja metálica y desplegó una cuchilla de diez centímetros.

–De aquí no se larga nadie.

Se acercó a Daniel con la navaja apuntando hacia su estómago.